

de las muchas relaciones con Levante, los cuales, viviendo ya excluidos de la sociedad, fueron acusados de haber envenenado el agua de los pozos. Tras esta persecución vino la ya habitual de los judíos, que hubieron de sufrir, especialmente en Aquitania, atrocidades indecibles, siendo quemados vivos un grandísimo número bajo los pretextos más fútiles. El móvil principal de los perseguidores no era tanto el fanatismo religioso como la codicia, y ésta quedó muchas veces burlada porque el tesoro real exigió luego en muchos casos los créditos de las víctimas a sus deudores.

Felipe V murió el 3 de enero de 1322, y no habiendo dejado más que hijas, le sucedió en el trono conforme a la ley sálica, que se arraigó singularmente con frecuentes aplicaciones, su hermano Carlos, conde de La Marche, muy amado del pueblo por ser el fiel retrato de su padre, cuyo sobrenombre, el Hermoso, se le dió también. Así como su hermano había restablecido los principios de su padre tocante a administración, justicia e impuestos, Carlos IV (1322-27) puso de nuevo en vigor la enérgica política extranjera de Felipe el Hermoso, que tan alto había elevado el reino de Francia. La situación de los países vecinos permitió a Carlos IV obtener con su política grandes triunfos, que alcanzados con poco esfuerzo aumentaron considerablemente la vanidad nacional y las pretensiones del pueblo francés. Mucho costó mantener en obediencia a Flandes, cuyos habitantes, en particular los de las ciudades, que prosperaban de una manera extraordinaria, estaban cansados del dominio francés; pero en cambio Carlos IV, por su alianza con Roberto de Nápoles y por los servicios obligados del papa Juan XXII, llegó a tener tanta influencia en Alemania que pudo pretender repetidas veces la corona real de este país, vacante por la destitución de Luis de Baviera; y si no la logró, consolidó por lo menos su dominio en los Estados de Borgoña, por efecto de las discordias y desórdenes interiores de Alemania por él fomentados. Mucho contribuyó a esto el parentesco de Carlos con la casa de Luxemburgo, pues cuando se hubo divorciado de Blanca de Borgoña, mujer disoluta, se casó en otoño del año 1322 con María, hermana de Juan de Bohemia, y desde entonces tomó parte en todas las intrigas de este infatigable rey contra Luis el Bávoro y contra los príncipes alemanes que sostenían la causa nacional. Mas afortunado todavía fué Carlos IV en sus relaciones con Inglaterra. Los conflictos que destruyeron este país bajo el débil gobierno de Eduardo II, cuñado de Carlos IV, dieron a éste ocasión de hacer servir la política de Inglaterra a sus propios fines por medio de su hermana Isabel y de sus favoritos franceses; y más cuando Eduardo II fué destronado y nombrada Isabel regente durante la menor edad de Eduardo III, porque entonces la influencia francesa dominó completamente en la corte inglesa, con grandísimo disgusto e irritación del pueblo y de la nobleza de Inglaterra, cuyo sentimiento nacional se vió herido y ultrajado hasta lo más profundo. Entonces fué cuando tomó origen en el pueblo inglés el odio a todo lo que era francés, odio que se manifestó de una manera terrible en la sañuda guerra de sucesión.

Una muerte prematura arrebató también a Carlos IV, el último vástago de Felipe el Hermoso, y puso fin a sus triunfos y proyectos en 31 de enero de 1328. Carlos IV dejó el reino de Francia y la dinastía en una situación análoga a la que tenían a la muerte de Luis. Su esposa, María de Luxemburgo, estaba también en cinta, y el trono se halló vacante, sin poderse decidir la cuestión de sucesión hasta el alumbramiento de la reina. Al mismo tiempo la cuestión de la regencia no se presentó esta vez tan sencilla como a la muerte de Luis X y de Felipe V, pues siendo Carlos IV el postrero de los hijos de Felipe el Hermoso, fué preciso bus-

car el regente en una rama lateral. El más próximo de los descendientes era el primo de Carlos IV, Felipe de Valois, hijo de Carlos de Valois, que tan poderoso como funesto había sido en el reinado de Luis X. También pretendió esta vez el trono Eduardo III, alegando que la ley sálica había excluido del trono de Francia a su madre Isabel pero no a sus descendientes varones. Si se admitía en principio la justicia de esta pretensión, resultaban todavía otros derechos habientes al trono, entre ellos el joven Felipe de Borgoña, hijo del duque Eudes IV y de su esposa Juana, hija de Felipe V. La cuestión de derecho se presentaba, pues, complicadísima y en cualquier sentido que se decidiese podía ser atacada la decisión por una u otra parte. Pero el instinto nacional francés no se dejó extraviar; para él era tan inadmisibles la regencia como la sucesión inglesa, atendida la antigua enemistad entre las dos naciones; y por otro lado, la nobleza francesa, deseosa de un gobierno a su gusto, cifraba sus esperanzas en Felipe de Valois, amigo de la caballería. Consultada la universidad de París, dió su voto a este último, que fué elegido regente. Aun sin esto, Felipe de Valois tenía a los ojos del pueblo el derecho preferente al trono, porque desde luego destituyó y encausó a los empleados y altos funcionarios de los reinados de Felipe V y Carlos IV, odiados por su rigor en la distribución y recaudación de los impuestos, y porque al mismo tiempo simplificó y aceleró la administración de justicia. Así cuando la reina viuda María, en 1.º de abril de 1328, dió a luz una hija, quedó decidida la sucesión al trono a favor de Felipe de Valois, el cual fué ungido y coronado solemnemente en Reims el 29 de mayo del mismo año, sin que protestaran ni el inglés ni el borgoñón. La única dificultad que había quedado en pie fué arreglada pacíficamente. En el convenio hecho en 1317 con Felipe V habíase concedido a la hija de Luis X, Juana, casada con Felipe de Evreux, el reino de Navarra y los condados de Champaña y de Brie, con la facultad de hacer valer a su tiempo sus derechos eventuales al trono de Francia; pero posteriormente aquella princesa y su esposo habían sido desposeídos por Carlos IV de los citados territorios, mediante una indemnización en dinero. El nuevo rey evitó toda reclamación por esta parte, reconociendo a Felipe y Juana como reyes soberanos e independientes de Navarra, a cambio de la cesión definitiva que hicieron a la corona de Francia de los condados de Champaña y Brie y de la renuncia a todos los derechos eventuales a la herencia de Luis X.

Casi tres siglos y medio habían reinado los Capetos en Francia, y durante este tiempo habíase formado la nación francesa. La historia de la potencia política llamada Francia es inseparable de aquella familia que en no interrumpida sucesión dió al país 14 reyes. Pero había llegado la hora de un cambio dinástico, y este cambio produjo una crisis gravísima que llegó a amenazar la existencia nacional de Francia, y más de una vez se demostró de una manera terrible el poco arraigo que la nueva dinastía tenía en el país. Los Capetos, sin haber producido muchos individuos notables por sus grandes cualidades, personificaban la nación francesa, que con ellos se había ido formando; por el contrario, los Valois no se arraigaron sino en el transcurso de todo un siglo y al cabo de una guerra formidable que se divide en dos períodos.

El primer período de esta lucha gigantesca duró más de veinte años y terminó en las dos batallas de Crecy y Maupertuis. A este período sucedió otro de reposo, durante el cual Francia volvió a cobrar fuerzas, gracias al gobierno previsor de Carlos V, mientras Inglaterra estuvo destrazada por contiendas de sucesión y guerras intestinas. Con el siglo xv vuelve a estallar la lucha internacional; la pérdida de la batalla

de Agincourt pone a la Francia al borde de su ruina: la ley sálica queda anulada y victorioso el soberano extranjero. En tan crítica situación, la aparición de la doncella de Orleans produce un cambio maravilloso: la nación se entusiasma, se levanta, arrastra en su movimiento a la dinastía inepta, y, abandonada por su rey, salva su existencia propia, la del reino y la del trono. Entonces reino y trono se reforman y con nuevos elementos adquieren un nuevo carácter.

A primera vista podrá parecer singular que la monarquía de un Felipe II Augusto y de un Felipe el Hermoso pudiera llegar tan rápida y fácilmente al borde de su ruina; pero hay que considerar que esta monarquía en tiempo de los primeros Valois y en gran parte por culpa de éstos, se hallaba interiormente desorganizada y desequilibrada; las variaciones repetidas de política interior en el reinado de los últimos Capetos y el siguiente cambio de dinastía favorecieron el rápido desarrollo y la fructificación de los males así engendrados; y si el pueblo francés, mirado desde el extranjero, parecía una nación, en realidad estaba muy lejos de serlo. Comparado el pueblo francés con sus vecinos los ingleses, italianos y alemanes, las poblaciones de los diferentes territorios cuya sucesiva agregación constituyó la Francia aparecían unidas por los lazos más o menos estrechos del idioma y de las costumbres; pero en el interior existían todavía diferencias demasiado marcadas para dar lugar a una igualdad completa de vida nacional. Todavía chocaban entre sí los intereses del Norte, del Sur, del Este y del Oeste. En el Sur, sobre todo, los territorios importantes pertenecientes a la corona de Inglaterra ejercían una atracción innegable sobre los territorios franceses vecinos, que también habían pertenecido antes a la monarquía inglesa. Los habitantes de estos territorios y sus intereses no estaban tan fundidos todavía con los de las demás provincias francesas que una separación de éstas les hubiera parecido, para su existencia, un peligro que hubiese merecido la reunión de todas las fuerzas para rechazarlo. Otras diferencias notables existían dentro de las mismas comarcas entre las diversas clases sociales, porque la unidad impuesta a la fuerza por Felipe el Hermoso había desaparecido con la desaparición de la misma fuerza. La política de aquel rey se apoyaba principalmente en la clase media, que era la más nacional y monárquica por efecto del antiguo lazo que unía las poblaciones urbanas al monarca. Esta clase era la que más interés tomaba en la política y mostraba en este campo tanta actividad como en el impulso de sus demás intereses, hallándose además, por efecto del desarrollo del comercio y de la industria, en un grado de prosperidad bastante para soportar con gusto las cargas que Felipe le impuso al principio en interés común. Solo se alzó contra ellas cuando las disposiciones ulteriores de aquel rey llegaron a ser ya demasiado duras y a dar lugar a extorsiones fraudulentas. Muy diferentes eran las condiciones políticas del clero y de la nobleza. Una parte del primero, al parecer principalmente el clero bajo, estaba animada del sentimiento del honor nacional, y era partidaria por esto mismo de los fueros de la Iglesia galicana; pero el episcopado no había seguido sino a la fuerza la política nacional antipapal de Felipe el Hermoso, y además simpatizaba con la nobleza. Esta por su parte odiaba al gobierno autocrático del rey, que la tenía sujeta con voluntad y puño de hierro; pero hacía el fin del reinado de Felipe el Hermoso, la fermentación secreta de los nobles había llegado al punto de estallar en resistencia abierta. La muerte del monarca abrió un período de reacción feudal que avivó el divorcio entre la nobleza y la clase media de las ciudades, y originó el antagonismo nuevo entre esta clase y el monarca.

Así fué que cuando llegó la hora del cambio de dinastía,

estaba el pueblo francés unido y decidido a conservar y defender su existencia nacional y la monarquía; pero a consecuencia de la unión entre los Valois y la nobleza, fué más pronunciada la divergencia de intereses entre la nobleza y el estado llano. A esto hay que añadir que Francia entró en la formidable guerra con Inglaterra sin ejército nacional, porque su milicia se componía exclusivamente de las lanzas de los vasallos nobles, cuya fuerza estribaba en los recursos de sus territorios. Estos recursos habían sido relativamente grandes cuando los productos naturales habían constituido la única riqueza del país, pero habían ido menguando a medida que el comercio y la industria se desenvolvían y prosperaban dando lugar a una nueva riqueza, la del capital, que aumentándose con rapidez fué oscureciendo la riqueza territorial, cuya productividad quedó poco menos que estacionaria. Al propio tiempo menguó la importancia y con ella la supremacía de la nobleza y su significación política y militar. En la época de que tratamos estaba operándose esta transformación económica; y la nobleza francesa, en lugar de admitir los hechos que obedecían a leyes incontrastables, se empeñó en conservar a la fuerza el orden antiguo de las cosas y hasta en extremarlo. La dinastía nueva adoptó la misma tendencia reaccionaria, y se puso en actitud contraria a la marcha del país, esforzándose en vano por impedir la acción de las corrientes que lo impulsaban. Con esta conducta no hizo más que suscitar luchas entre los estamentos y desórdenes interiores que paralizaron las fuerzas defensivas del país precisamente cuando el inglés con su ataque enérgico ponía en el mayor apuro al gobierno y al país. Por fin llegó el cataclismo con las terribles derrotas de la nobleza francesa por el ejército nacional inglés cerca de Crecy y Maupertuis, y estas derrotas fueron los fallos condenatorios de la historia dictados contra la fuerza militar de la nobleza y en general contra el feudalismo de la Edad media.

Cuando después de otros desastres sucesivos los Valois se vieron al borde del abismo, se convencieron de lo errado del camino que hasta entonces habían seguido en unión de la nobleza feudal; se arrojaron en brazos de la clase media, a la cual hasta entonces habían rechazado con ciego empeño, y en los de la población rural, que bajo la opresión del extranjero había abierto los ojos y notado su fuerza política; organizaron militarmente estas dos clases, menospreciadas en este sentido, y buscaron en ellas la base de la fuerza defensiva del país. Entonces, como por encanto, quedó salvada la Francia y realizada al mismo tiempo la trabajosa transición de la sociedad y de la monarquía de la Edad media a la Edad moderna.

Inglaterra estaba políticamente mucho más adelantada. Bajo el rudo gobierno militar se habían fundido los dos elementos, anglo-sajón y normando, cuyo antagonismo había sido mucho más racional que todos los antagonismos interiores de los franceses. La unidad nacional del pueblo inglés después de robustecerse en las guerras contra los franceses, los bretones del país de Gales y los escoceses, había resistido la prueba más dura, la de las luchas constitucionales. La distribución de las cargas públicas entre todas las clases por igual no había dado lugar a conflictos y rencores nuevos, como los que la desigualdad había engendrado en Francia, y hasta el mismo clero inglés buscaba su centro de gravedad en su país y no en Roma. Todo esto contribuyó a que las tendencias feudales reaccionarias, que también se hicieron sentir en Inglaterra en el primer cuarto del siglo XIV, no pudieran conseguir en este país las ventajas que consiguieron en Francia; y cuando la Francia, dirigida por su aristocracia, se encontró abocada a un cambio de dinastía, había subido al trono de Inglaterra Eduardo I, el cual, después de largos



años de desórdenes interiores, comprendió las exigencias de su época y supo romper francamente y sin reservas con las tendencias anticuadas que antes había sostenido y por las cuales había sufrido. Reconoció como hecho consumado y

sagrado el nuevo estado de cosas, que en adelante fué la base sobre la cual el rey y el pueblo inglés debían trabajar en común en pro de la patria. Los grandes principios constitucionales adoptados por el parlamento inglés reunido en West-



Una página del libro de las ceremonias que se verificaban en el acto de la coronación de los reyes de Francia.

Este libro, escrito para el rey Carlos V de Francia en el año 1365, se conserva en el Museo Británico. La página aquí reproducida es la última del libro y lleva al pie la firma del mismo rey Carlos V, puesta de su puño. La miniatura representa a los pares laicos y eclesiásticos de Francia en el momento de tocar con sus manos la corona real en señal de acatamiento y defensa de los derechos de la misma. Las líneas de encima de la miniatura dicen: *Per officium nre bndictionis cum fide mta et multiplici bonoz operum fructu ad dionam pervenias regni perpetui ipso largiente cuius regnum et imperium permanet in secula seculorum. Qua oratione dicta pone do coronam in capite dicat archiepiscopus.* Las líneas de debajo de la miniatura dicen: *Accipe coronam regni, in nomine patris et filii et spiritus sancti ut spreto antiquo hoste, spretoque contagio vicioz omnium sic iustitiam misericordiam.*

minster en el año 1297, fueron el lazo que unió indisolublemente la suerte de la dinastía a la del pueblo inglés, y quitaron al propio tiempo y para siempre toda esperanza de éxito a la reacción feudal que entonces conmovía la Francia y aun levantaba la cabeza en Inglaterra.

Al rey Eduardo I, en el cual, á pesar de su severidad ex-

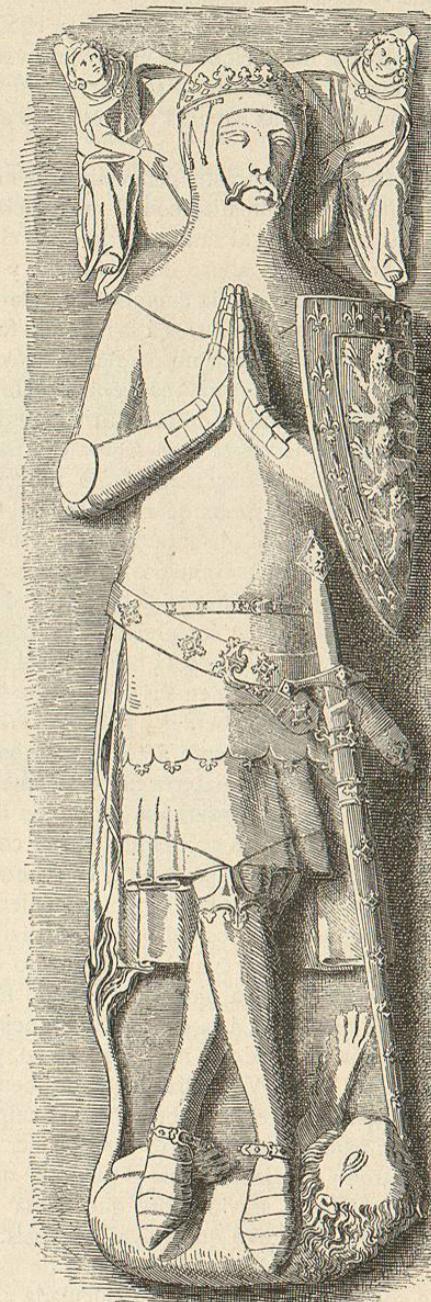
tremada, vieron los ingleses con orgullo el ideal del varón y caballero noble, sucedió su hijo Eduardo II, cuya índole era muy distinta, porque además de ser joven é inexperto le faltaba voluntad propia, con lo cual dió lugar al gobierno vergonzoso de favoritos. Un caballero gascón, Pedro Gaveston, hombre de cualidades personales brillantísimas, cobró un as-

ciente absoluto y funesto sobre el joven soberano, que le colmó de honores y riquezas y hasta le casó con su sobrina. El verdadero gobernante era el favorito, el cual miraba ante todo á su interés propio y al de sus protegidos. En la política extranjera abandonó las tradiciones nacionales inglesas; gradualmente acabó por hacer pura política francesa, y para mas afrancesar al rey casó en 1308 con Isabel, hija de Felipe el Hermoso. Entretanto, la guerra contra Escocia tomó un giro nada glorioso, y el descontento de la nobleza y del pueblo creció tanto, que el rey tuvo que separar de su lado al favorito; pero lo hizo solo por algun tiempo, pues le envió como lugarteniente suyo á Irlanda. Cuando regresó de allí á Londres la nobleza y el clero lograron á la fuerza el nombramiento de una comisión permanente para examinar los actos del gobierno y extirpar los abusos. Una nueva campaña desgraciada contra los escoceses acabó de hacer la posición del rey del todo insostenible, pues le dejó enteramente sin recursos. Fué preciso acudir á arbitrios extraordinarios, á cuyo fin se reunieron á fines del año 1311 en Londres los estamentos y tomaron, á propuesta de la comisión permanente nombrada anteriormente, una serie de resoluciones que pusieron á la corona enteramente bajo su dominio y la desacreditaron. Prohibieron la recaudación de impuestos no autorizados por los estamentos; suprimieron los derechos sobre la lana y las pieles, derechos que perjudicaban el comercio y especialmente al que se hacía con los Países Bajos; confiscaron los bienes de la corona, enajenados sin causa bastante, y dispusieron que en adelante para ser legales las concesiones de bienes de la corona necesitaran la previa autorización del parlamento. Todas estas disposiciones no hicieron mas que restablecer las leyes antiguas que habían sido violadas por Eduardo II; pero la ocasión era tan seductora, las circunstancias y la corriente dominantes tan favorables, que la nobleza se extralimitó y algunos de sus actos excitaron el disgusto del pueblo inglés. Finalmente, decidió el parlamento, contra lo establecido en la constitución existente, que el rey no podía hacer la guerra ni la paz, ni nombrar los altos funcionarios de la corona, sin la aprobación del parlamento. Gaveston había pasado á Flandes para evitar la persecución de que podía ser objeto, pero regresó luego á Londres, y de nuevo el rey y él volvieron á los abusos y no hicieron el menor caso de las resoluciones del parlamento. Entonces alzóse la oposición aristocrática en armas; Gaveston se encerró en uno de sus castillos, pero sitiado por Tomás de Lancaster, primo del rey, pues era hijo de Edmundo, hermano de Eduardo I, tuvo que rendirse, y sin formarle la causa según los trámites legales, es decir, sin aguardar el fallo del parlamento, fué ejecutado en junio de 1312. Entretanto, habían quedado victoriosos los escoceses acaudillados por su héroe nacional Roberto Bruce y su avance obligó á la nobleza sublevada á hacer la paz con el rey. Unidas las fuerzas de ambos contendientes, pudo enviarse contra los escoceses un gran ejército; pero este ejército fué derrotado en junio de 1314 cerca de Bannokburn, y como cada partido culpó al otro de la desgracia, la disensión interior y la lucha armada entre el rey y la nobleza sublevada, acaudillada por el primo del rey, continuaron tan empeñadas como antes, de modo que ni la repetida mediación del Papa pudo conseguir un arreglo.

Finalmente se vió el rey tan apurado, que se avino á la paz con la oposición aceptando las resoluciones del parlamento y prometiendo observarlas fielmente. Mientras las fuerzas unidas continuaban, aunque sin fortuna, la guerra contra Escocia, cobraron ascendiente sobre el rey los Spencer, padre é hijo. Este último, llamado Hugo, colmado por el rey de altas dignidades y de riquezas, se hizo pronto con su insolencia objeto de odio general y la nobleza conjurada

para lograr su caída se presentó en 1321 armada en la capital y obligó al rey y al parlamento á desterrar á los Spencer por toda la vida en virtud de las acusaciones formuladas contra ellos, en lo cual la oposición, el parlamento y el rey faltaron á la ley.

El clero no se asoció á la oposición aristocrática, y las poblaciones de las ciudades observaron con creciente temor



Juan Eltham, conde de Cornuailles, segundo hijo de Eduardo II (murió en 1334).

Escultura del monumento de la capilla de San Edmundo, en la abadía de Westminster

su tendencia revolucionaria, lo cual produjo la división en el partido de la oposición hasta entonces unido. Muchas ciudades, disgustadas de las extralimitaciones brutales de la nobleza, procuraron apoyando al rey oponer un dique al movimiento revolucionario, que no tenía mas objeto que concentrar en la nobleza independiente las atribuciones del monarca y que, en último resultado, no era mas que una reacción feudal. El rey, animado con el apoyo del pueblo, hizo frente á la nobleza rebelde, que vencida en el campo de batalla se sometió en parte. La otra parte, conducida por Tomás de